

del poder del lenguaje; lo que pone en tela de juicio es la veracidad de su facultad comunicativa. Sus dudas sobre la autenticidad del lenguaje se manifiesta a dos niveles correlativos: personal y social. Respecto a la experiencia individual, Gironde escribe: «No soy yo quien escribo estas palabras huérfanas» (Gironde 239). Esa orfandad y esa fragilidad, se corresponden con otra de contexto social, en la cual trata de demostrar la falsía o el extenuamiento de los vocablos. Así el hombre en uno de sus poemas está «repleto de aserrín escupido»; también está lleno de palabras huecas, sin efecto: «y hablan, hablan, hablan» (Gironde 279-280); o como dice en otro poema donde se ve rodeado de seres ficticios «que en vez de carne y hueso/ tienen letras/ acentos/ consonantes/ vocablos» (Gironde 280). Pareciera que el lenguaje fuera un monstruo que lo devorara todo, despojando al hombre y a las cosas de su esencia.

En *Persuasión de los días* la temática de Gironde trasciende, supera y escapa de la cárcel de la materialidad física para elevarse hacia un universo moral. El poema nos presenta un mundo degradado por la miseria social y espiritual: «*Persuasión de los días* es el paso de lo geográfico a lo ético» (Pellegrini 28).

El amargo furor que impregna alguno de los poemas nace de un sentimiento de aislamiento y de insatisfacción frente a una expectativa de plenitud no realizada. Ese furor es dirigido en ciertos poemas contra el propio yo: «¡Azotadme!/ Merezco que me azoten (...) No me postré ante el barro,/ ante el misterio intacto» (Gironde 274). Este poema denota un sentimiento de culpa por no haber respondido plenamente frente a todas las manifestaciones de la naturaleza y de la vida.

En muchos otros poemas del libro, lamenta Gironde esa elementalidad perdida y pervertida por el hombre moderno; en «Testimonial» nos dice: «¡pero no!/ Nos sedujo lo infecto,/ la opinión clamorosa de las cloacas,/ los vibrantes eructos de onda corta» (Gironde 278). Es importante notar los medios estilísticos de que se vale Gironde para expresarla: «enumeraciones panegíricas, imágenes más bien demostrativas y directas, simplificaciones y despojamiento de la sintaxis, verso por lo general breve y conciso» (Sucre 241). El deseo de retorno a lo elemental no sólo lo manifiesta en los significados semánticos, sino también en el uso mismo del lenguaje. En el poema «Comunión Plenaria» declara su ansia de elementalidad diciendo: «El mármol, los caballos/ tienen mis propias venas (...) Cuántas veces me he dicho:/ ¿Seré yo esa piedra?» (Gironde 288).

Presenta *Persuasión de los días* una dualidad torturada; por un lado, la amargura frente al milagro de la vida permanentemente destruida por el hombre («Esta nauseabunda iniquidad sin causa»; «la negra baba sucia»; «este clima de asfixia que impregna los pulmones») y paralelamente, «su

irredimible fidelidad a la imagen solar de la vida» (Pellegrini 29) expresada como: «volver a sonreírle/ a la vida que pasa...», o «este perro/ ¡indescrip-
tible!/ ¡Único!» (Girondo 356).

Girondo, después de buscar el sentido en la contemplación de las cosas, se vuelca a partir de *Persuasión de los días*, cada vez más hacia los proble-
mas del hombre en sí, y sus interrogantes van a ser cada vez más psicológi-
cos y ontológicos.

En la masmédula, su último libro, se publica en 1956, y si bien cronológi-
camente está cerca del *boom* de los años sesenta, por su concepción y esti-
lo, puede considerarse una obra de corte vanguardista. En una primera
aproximación, lo excepcional en esta obra son los mecanismos de comuni-
cación verbal: enumeración caótica; falta casi total de puntuación, al extre-
mo de ni siquiera separar grandes incisos; la dispersión gráfica de la densi-
dad sintáctica; la eliminación total del sujeto y del verbo principal; la im-
plementación hipertrófica; el vértigo de las repeticiones, etc.

A este respecto dice Aldo Pellegrini:

En Girondo hay una verdadera sensualidad por la palabra como sonido, pero más
que eso todavía, una búsqueda de la secreta homología entre sonido y significado.
Esta homología supone una verdadera relación mágica, según el principio de las co-
rrespondencias, que resulta paralela a la antigua relación mágica entre forma visual
y significado (Girondo 356).

Aparte del valor semántico, siempre se ha intuido la existencia de una
relación secreta entre el sonido y el significado de las palabras. Es decir,
que sin ser un signo convencional, un elemento fonético puede tener una
significación ya sea por similitud, o por asociaciones inconscientes, etc...
Esta posibilidad de comunicación, que va más allá de la captación intelec-
tual del signo establecido, para actuar casi en el plano de la sensación,
es empleada por Girondo en *En la masmédula* con absoluta certidumbre,
logrando dar a su poesía una fuerza de expresión fuera de lo común. Al
unificar la oscura significación fonética con la semántica del vocablo, logra
envolver al lector en una especie de encantamiento verbal. Los significados
ya no están dados sólo en un plano semántico, unidimensional, sino que
el significado está dado a un nivel tridimensional donde se combinan lo
semántico, lo fonético y las asociaciones de palabras para crear una nueva
realidad. El significado no se encuentra sólo a nivel intelectual, sino que
involucra todo el ser: su intelectualidad, sus emociones, su intuición, y so-
bre todo su incertidumbre existencial. Por ejemplo, en los versos iniciales
del texto, nos instala de inmediato en la angustiada sensación del que se
hunde: «No sólo/ el fofo fondo...» (Girondo 364); hay una simultánea signifi-
cación de sentido y sonido. Por un lado, la idea evocada por el signo, lo
fofo, por el otro lado la grave acumulación de las «ó» y la repetición «fo-fo-

fo» que sugieren un ruido sordo, de algo esponjoso y blanduzco que estalla, y donde se hundan los pies. Este efecto de significaciones extrarracionales que aparecen a lo largo de todo el texto, crea una resonancia en la cual los vocablos adquieren vibraciones que se prolongan más allá de su contenido conceptual.

En *En la masmédula*, dice Molina, «la comunicación llega al límite de sus posibilidades en el plano racional, se torna sinfónica (...) La expresión arrasa con los mecanismos convencionales y se instala en lo más profundo de la comunicación ontológica» (Pellegrini 36).

Girondo aúna dos o tres palabras para formar una especie de ideograma. Las palabras se contraen o se dilatan alrededor de un punto imantado por todas las fuerzas de la elipsis y crean una realidad nueva. De tales simbiosis surgen versiones inéditas, síntesis de especies y reinos, sonidos guturales que adquieren de pronto una significación prelógica («metafisirrata», «erofronte», «agrinsomnes», «egogorgo», etc.).

Una palabra llama a la otra y se amalgama de inmediato con ella. Así el poema pasa de ser un campo de relaciones para transformarse en materia, en una argamasa, una mezcla. Lo que intenta Girondo no es ya recrear la magia del mundo, sino más bien despertar esa magia dentro del hombre mismo. En uno de los poemas, «Rada anímica», nos da esta visión de la mente del hombre como el espacio donde se cumplen un ritual y un conjuro: «Abra casa (...) casa cábala/ cala/ abracadabra (...) casa multigrávida de neovoces y ubicuos ecosecos (...) clase demonodea que conoce la muerte y sus compases» (Girondo 418). El ritmo del poema, sus imágenes y su sentido, dice Guillermo Sucre, nos dan la clave del título; *rada* está aludiendo al ritual africano del mismo nombre, y el poema quiere encarnar su magia y despertar las energías del hombre y del cosmos contra la muerte.

Según Pío del Corro:

Los temas de *En la masmédula* ascienden a pesar de una anonadante intuición de la nada, que se manifiesta como intuición de vacío frente a la potencia de la absoluta negación y la impresión de la impotencia del poeta para inquirir la nada. El yo, agotado en la total ausencia de respuesta, oscila entre la afirmación y la negación de sí mismo, hasta caer en el padecimiento de la incomunicación vital, en una casi certeza de la inutilidad de vivir. En esta situación extenuante el poema insinúa la necesidad de encontrar un sentido a la existencia (Pío del Corro 99).

En *En la masmédula* Oliverio Girondo comunica el anonadamiento, el avance de la inexistencia, con un arrollador despliegue verbal. Crea un lenguaje cuya mutabilidad, sugestión, y carga semántica parecen inagotables. Por un lado, las palabras inventadas y el despliegue léxico y retórico producen una sensación de nada, de vacío; por el otro lado, el verbo se vuelve cada vez menos referencial. La conjunción de ambos fenómenos va a pro-

ducir la interacción recíproca de los vocablos creando su propio campo de fuerzas y su propio magnetismo: «La energía anonadante es revertida en reactivo lingüístico» (Yurkievich 21).

Se podría concluir que Oliverio Gironde fue fiel a sí mismo a todo lo largo de su carrera poética. Desde su inicio hasta el final su obra respondió a una necesidad de experimentación. Sus primeras exploraciones se nutrieron en las teorías vanguardistas para llegar a través de la introspección a una total autorreferencia en su última obra, en la cual logra alcanzar con una estética desintegradora y creadora a la vez de nuevos símbolos lingüísticos, su máxima expresión: desde su primera obra hasta su última obra fue un poeta abierto a la experimentación.

Zully Segal

Bibliografía

- GIRONDE, OLIVERIO. *Obras completas de Oliverio Gironde*, Prólogo de Enrique Molina. Editorial Losada S.A., Buenos Aires, 1964.
- NOBILE, BEATRIZ. *El acto experimental*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1964.
- PELLEGRINI, ALDO. *Oliverio Gironde*. Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1964.
- PIO DEL CORRO, GASPAR. *Los límites del signo*. Fernando García Cambeiro, Buenos Aires, 1976.
- SCRIMAGLIO, MARTA. *Literatura argentina de vanguardia*. Editorial Biblioteca, Rosario, Argentina, 1974.
- SUCRE, GUILLERMO. *La máscara, la transparencia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- YURKIEVICH, SAÚL. *A través de la trama*. Muchnik editores, Barcelona, 1984.